

«No quiero cansaros en persuadiros»: las arengas en *Naufragio y Peregrinación* de Pedro Gobeo de Vitoria

Oscar Sendon

Truman State University, USA

Abstract This note examines the use of exhortatory speeches and their rhetorical effects in *Naufragio y Peregrinación* (1610) by Pedro Gobeo de Vitoria. Whether military or religious in nature, the speeches in this work play a structuring role, underscoring the importance of national origin and providence in moments of crisis. However, a close reading reveals a process of literary stylization that exposes the internal tension experienced by the Spanish Jesuit between the novelized rendering of his ordeal and the veracity of the narrated events. This tension ultimately neutralizes the transformative force of the speeches' message.

Keywords Pedro Gobeo de Vitoria. Speeches. Travel narratives. Transatlantic literature. Golden Age. Arengas. Relatos de viaje. Literatura transatlántica. Siglo de Oro.

En 1610, el sevillano Pedro Gobeo de Vitoria publicó en su ciudad natal *Naufragio y peregrinación*, un relato sobre su viaje por parte de la costa americana. Gracias a la reciente edición de Miguel Zugasti sabemos que el jesuita escribió su texto en Lima, regresó a Sevilla y abandonó la orden poco después de publicar su obra. También sabemos que en 1631 solicitó un puesto en el Santo Oficio en Sevilla, cargo que ocupó hasta su muerte alrededor de 1650, a los setenta años. El libro no pasó desapercibido para el bibliógrafo Nicolás Antonio, quien aludió al autor y mencionó las posteriores versiones en latín y alemán. A partir de esta última Johann Bissel elaboró en 1647



Edizioni
Ca'Foscari

Submitted 2026-03-04
Published 2026-06-15



Open access

© 2026 Sendon | 4.0



Citation Sendon, O. (2026). «No quiero cansaros en persuadiros»: las arengas en *Naufragio y Peregrinación* de Pedro Gobeo de Vitoria». *Rassegna iberistica*, 49(125), 77-82.

DOI 10.30687/Ri/2037-6588/2026/26/005

una nueva adaptación latina titulada *Argonauticon Americanorum*. A pesar de que el erudito estadounidense Irving A. Leonard registró varios ejemplares en su catálogo de libros enviados a Chile en 1620, con el paso del tiempo se perdieron casi todos. Sin embargo, en 2004, el latinista Raúl Manchón Gómez descubrió uno en la Universidad de Mannheim, el cual es el único conocido hasta el momento, aunque se halla incompleto dado que algunas páginas del final no se han conservado. En 2023, Zugasti se encarga de recuperar el texto y en su estudio introductorio explica detalladamente su contexto editorial. En este sentido, tal y como sugiere Beatriz Aracil en su reseña de la obra, se suma al redescubrimiento reciente de otros libros coetáneos como *La Historia del Huérfano* (1621) de Andrés de León o la anónima *La conquista de México por Carlos Quinto* (c. 1595).

La narrativa de *Naufragio y peregrinación* se incluye dentro de las crónicas de viajes del infortunio, y en concreto sigue la estela de *Naufragios* (1542) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca. Sin embargo, a diferencia de Cabeza de Vaca, quien relata su experiencia en el contexto de una expedición militar malograda, Gobeo lo hace como un joven que se entrega a la aventura impulsado por los rumores sobre las maravillas del Perú. En su nota al lector, explica que su intención era ofrecer un escrito entretenido que sirviera como advertencia contra las pasiones humanas, pero que también mostrara cómo la providencia divina siempre acompaña al hombre. El relato describe los momentos más difíciles de un viaje que comienza el 27 de septiembre de 1593, cuando el autor tenía solo trece años. El grueso de la obra lo ocupa la dramática marcha a pie a lo largo de la costa de Esmeraldas, en el actual Ecuador, que termina con la muerte de más de la mitad de los españoles que voluntariamente habían desembarcado de un navío escaso de víveres.

Para exacerbar este dramatismo inherente al relato, la forma retórica más destacada es el de la arenga. Las arengas son comúnmente empleadas en momentos trascendentales, ya antes de una batalla –la arenga militar propiamente dicha–, ya durante un punto de inflexión en el transcurso de algún suceso. Tomando como base el análisis de las arengas militares en la historiografía grecolatina (Iglesias Zoido 2008, 22-3), muchos de los lugares comunes del género, como el ejemplo de los antepasados, la consideración de la patria, el valor como deber y la aceptación de la voluntad divina, se encuentran igualmente en las arengas de *Naufragio y peregrinación*. Su papel vertebrador en esta obra se explica por la intención de infundir ánimo en los momentos críticos de la expedición. No obstante, los ejemplos incluidos parecen funcionar como híbridos de arengas y prédicas, aunque manteniendo como base las características asociadas a las primeras. De hecho, en un artículo relacionado, Zugasti llega a describir una de estas exhortaciones como «arenga-sermón» (2023, 184), definición que nos parece bastante acertada. Por razones de

funcionalidad utilizaremos el término arenga para describir los cuatro textos a los que hacemos referencia. Por otra parte, cabe señalar que su expresión escrita y, por consiguiente, su proceso de literaturización, se antepone a la oralidad que se asocia con la arenga. Recordemos que, primero, Gobeo era poco más que un niño cuando ocurrió su peregrinación; y segundo, transcurren varios lustros entre el tiempo de los eventos y el de su escritura. Dicho de otra forma, no hay duda de que el autor reimaginó y embelleció a su manera, con el capital retórico adquirido durante su formación religiosa, los episodios narrados. Por esta razón, la transcripción de las arengas tiene más de ejercicio literario que de testimonio fidedigno.

En *Naufragio y peregrinación* somos testigos de cuatro recurrencias de arengas estratégicamente diseminadas a lo largo del texto: aparecen en los libros primero, cuarto, quinto y séptimo de los ocho libros –en el sentido de capítulos– de los que consta la obra. De ellas, solo la primera podría ser descrita como arenga militar, mientras que las tres restantes rezuman un tono providencialista. Aquella tiene lugar casi al inicio de la obra y tiene como objetivo enaltecer los bríos guerreros de los recién llegados a América. Es proferida por don Pedro de Acuña, el general de la expedición y futuro gobernador de Cartagena de Indias, a quien le acaba de llegar noticia de la presencia de un grupo de corsarios escoceses en las proximidades de la isla de Margarita. Esta tiene como pilar la alusión al orgullo nacional: «No quiero cansaros en persuadiros a que, como valerosos españoles, procuréis vengar afrentas de los vuestros» (Gobeo de Vitoria 2023, 79). La españolidad de los soldados equivale así a la posesión del valor, recurso que deriva en más bravatas bélicas: «Sois españoles y basta para ser superiores a todo el mundo y tener en poco millares de ejércitos» (79). Continúa la arenga con recordatorios de glorias pasadas como la resistencia al Imperio romano, el triunfo sobre el islam y la mención a varios héroes destacados de la historia militar de España –Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán; el marqués de Santa Cruz, Álvaro de Bazán; y el Gran Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo–. Además, el texto se ve salpicado de constantes referencias a la providencia, la cual indudablemente se habría de poner del lado español: «Traen a Dios contra sí, y yo espero en su Divina Majestad que nos favorezca» (81). Como era de esperar, la alocución conmueve hasta a los niños que se hallan a bordo del navío, como es el caso del propio autor, quienes sienten el ardor guerrero y se aprestan para la batalla naval.

Las otras tres arengas están puestas en boca del clérigo que acompaña al grupo, quien, sin embargo, no es identificado en ningún momento. Esto resulta atípico –y sospechoso– ya que Gobeo pone nombres y apellidos a varios personajes menos esenciales en el desarrollo de la historia. Tienen como asunto el mensaje cristiano de aceptar con resignación la voluntad divina, pues animan a los

expedicionarios a hacer examen de conciencia antes de una muerte que siempre parece estar a punto de llegar. Aun así, van más allá de lo religioso y también se empeñan en incitar el orgullo patrio. Por ello, replican elementos de las arengas militares, aunque con sus lógicas modificaciones: a falta de un ejército contrario, la naturaleza hostil se convierte en el enemigo a batir; frente a la muerte gloriosa en la batalla, la muerte estoica ante los elementos; y ante la exaltación del valor para honrar a los antepasados, el ánimo espiritual para honrar a Dios.

El contexto de la segunda arenga se explica por la complicada situación en la que se encuentran los españoles, desamparados en una pequeña isla cada vez más menguante a causa de la subida de una marea que amenaza con ahogarlos. Se encuentran, asimismo, martirizados por innumerables picaduras de mosquitos y hormigas. Sienten cercana la muerte y piden confesión al clérigo, quien a continuación les recuerda que en la vida las aflicciones son tan necesarias como los momentos de felicidad. Trae a colación ejemplos de santos –Pablo, Pedro, Andrés y Lorenzo– e incluso de figuras destacadas de la Antigüedad –Sócrates, Cicerón, Atilio Régulo–, a quienes exhibe como modelos en los que reflejarse: «Fea cosa sería que no hiciesen los cristianos lo que se cuenta de muchos gentiles» (142). Asimismo, el fervor nacional que ya vimos en el combate contra los corsarios vuelve a resurgir: «¡No se diga nunca, españoles, que os dejasteis derribar de la alteza de ánimo que debéis a lo que sois!» (142).

La tercera arenga comparte con la anterior la presencia de una naturaleza antagonista. Se trata de tres ríos o bocas de mar que les impiden avanzar y amenazan con inmovilizarlos, sedientos y hambrientos, en un pequeño pedazo de tierra. Se repite la disposición de la confesión y el discurso ante una muerte que se antoja inevitable. Más allá de las esperables referencias a la aceptación de la determinación divina y el ejemplo de nuevos santos a los que imitar –Jerónimo y María Egipcíaca–, lo cierto es que el sacerdote se deja llevar por un patetismo contraproducente, pues les dibuja un final poco halagüeño en el que unas imaginarias fieras que no se han visto a lo largo del relato «saldrán a enterrarnos en sus estómagos, haciéndonos el funeral y oficio de muertos con sus temerosos aullidos» (158).

La cuarta y última arenga se construye todavía a partir de una base religiosa, pero el tono es diametralmente opuesto. Su tesis se explica tras el encuentro con unos indígenas que si en un principio les prestan ayuda para cruzar un estuario insalvable, seguidamente les quitan las pocas posesiones que habían conservado y los abandonan a su suerte. Ante la postración general de los españoles, de nuevo son las palabras del clérigo las que intentarán levantar el ánimo de la expedición con un discurso que deja atrás la resignación

habitual, para centrarse en la inutilidad de las posesiones materiales y en cómo Dios ha intercedido y seguirá intercediendo por ellos. En suma, el optimismo gana terreno y se les muestra el espejo de un final esperanzador que se ve próximo: «Tan sanos os veo como ayer, no más flacos ni más consumidos, y lo que vosotros no veis: sin tantos imposibles» (198). Por otro lado, se reitera la españolidad de los integrantes de la expedición para superar cualquier obstáculo: «Avergonzaos, españoles, de tal causa, pues por todas partes la veo indigna de vuestros ánimos» (195). Incluso hace especial mención del naufragio literario más relevante de la América hispánica: «Nuño de Vaca, bien conocido en el mundo por la grandeza de su ánimo, español como vosotros» (197). La insistencia en asociar ánimo, valor, religión y nación sigue presente.

Las cuatro arengas están diseminadas a lo largo de la obra de manera que, sin ser equidistantes unas de otras, sí ofrecen una separación adecuada para compartimentar el relato de la expedición. Al mismo tiempo, intentan configurar un momento de pausa y reflexión para que el lector reagrupe las ideas y se prepare con antelación para la nueva andanada de desventuras. Es, en este sentido, una búsqueda estratégica retórica pensada para un lector ideal. No obstante, en lo que se refiere a su encaje narrativo, hacemos nuestras las palabras de Raúl Manchón Gómez –aunque él se refiera a la adaptación latina de Bissel–: «Este tipo de alocuciones interrumpen continuamente el curso de los sucesos y hacen que el relato tenga un desarrollo muy lento» (2014, 210). Se convierten, por consiguiente, en digresiones afectadas que no alteran el devenir de la expedición ni infunden ánimo en los españoles, quienes se hallan demasiado hundidos en su propia desesperación para prestar atención a la grandilocuencia del sacerdote.

En última instancia, ninguna de las arengas logra su objetivo de modificar la realidad. Tras la primera, se nos revela que los corsarios logran huir, a lo que hay que añadir la muerte de varios miembros destacados de la expedición, por lo que el episodio concluye de modo insatisfactorio. Del mismo modo, tras la segunda y la tercera, la angustia se acentúa y la reacción de los españoles es en un caso preparar sus mortajas, y en el otro cavar sus sepulturas. La cuarta de ellas parece levantar un poco el ánimo del grupo, aunque las tribulaciones no tardan en llegar y el mismo Gobeo describe a continuación lo cerca que estuvo de acabar ahogado. Poco después de este episodio y tras algunas vicisitudes más, los supervivientes llegan al pueblo de Charapotó, con lo cual concluye su sufrimiento y el relato.

Idealmente, estas exhortaciones deberían haber servido para elevar la moral y predisponer a sus protagonistas para afrontar los desafíos presentes en la travesía. Sin embargo, el corolario del uso de las arengas demuestra su fracaso efectivo. Si por una parte este

fracaso neutraliza por completo el mensaje narrativo, por otra nos delata un proceso de estilización literaria que muestra la predilección del autor, más interesado en el efectismo del relato novelado de su peripecia que en una descripción verosímil de los sucesos acaecidos. En el fondo, sus arengas no consiguen persuadirnos y sí cansarnos un poco –solo un poco–, lo cual no es óbice para apreciar su mérito y su artificio en estos particulares «trabajos» de Pedro Gobeo de Vitoria.

Bibliografía

- Aracil Varón, B. (2025). Reseña de «Gobeo de Vitoria, P. (2023). *Naufragio y peregrinación*». *América sin Nombre*, 32, 261-4.
- Gobeo de Vitoria, P. [1610] (2023). *Naufragio y peregrinación*. Ed. de M. Zugasti. Barcelona: Crítica.
- Iglesias Zoido, J.C. (2008). «Retórica e historiografía: la arenga militar». Iglesias Zoido, J.C. (ed.), *Retórica e historiografía: El discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*. Madrid: Ediciones Clásicas; Cáceres: Universidad de Extremadura, 19-60.
- Manchón Gómez, R. (2014). «Los Argonautas de América en una novela latina del siglo XVII». *Nova Tellus*, 31(2), 199-217.
- Zugasti, M. (2023). «Trabajos y desventuras en el viaje de Pedro Gobeo de Vitoria por la ignota costa de Esmeraldas (siglo XVI)». Azanza López, J.J.; Cazalla Canto, S.; Romero-Sánchez, G. (eds), *Fiesta, arte y literatura en tierras de frontera*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 165-88.